

Alejandro GARCÍA AVILÉS, *Imágenes encantadas. Los poderes de la imagen en la Edad Media*, Vitoria-Gasteiz, Sans Soleil, 2021, 196 pp., ISBN 978-84-120097-5-0

Fecha de recepción: 04/02/2025

Fecha de aprobación: 22/05/2025

Por más que pueda sonar trivial hay sucesos que deben tener el reconocimiento de ser considerados como extraordinarios en virtud de su condición recuperadora del imaginario del pasado medieval. Una mera aproximación a la disciplina nos percata, desde el principio, de la polisemia que implica el estudio de la cultura. Rincones y esquinas difíciles de dilucidar que no suponen en ningún caso un impedimento, máxime si se ha demostrado para el caso que nos ocupa —el poder de la imagen en la Edad Media— que, García Avilés ya ha revisado con éxito este tipo de encrucijadas. Efectivamente, el lector más instruido se dará cuenta de que en este corpus confluyen temáticas ya estudiadas por el autor. La recopilación de parte de su producción científica no entraña, en absoluto, un menoscabo del rigor y las matizaciones que en esta monografía realiza con un mayor acopio de conocimientos que precisan, aún más si cabe, sus reveladoras relecturas.

“¿Qué sucedió en la historia del cristianismo para que un culto anicónico en sus orígenes deviniera una religión idólatra?”. Concebir el recorrido por el cristianismo desde el aniconismo a la idolatría resulta, como mínimo, sugerente.

Esta es la incitante carta de presentación que antecede al estudio propiamente dicho. La monografía se estructura en cinco capítulos trenzados de interrelaciones que, en efecto, desdibujan esta frontera compartimentada y han de entenderse como vasos comunicantes de ineludible e íntegra lectura.

El estudio de una temática de tal envergadura, lleva aparejado una sucesión entrecruzada de largos debates teológicos sobre la naturaleza de las imágenes medievales, debido a lo cual, el catedrático incorpora a sus argumentaciones un vasto examen de fuentes. De la mano de las personalidades más destacadas de su tiempo —que lamento no poder detallar por la hechura de este tipo de textos— trata de responder a la tan sugestiva pregunta. El planteamiento propuesto no queda reducido a lo teórico, a un aparato gráfico seleccionado, apostilla el relato.

Perfilado el marco, el primer capítulo *Imágenes sagradas* está dedicado a recorrer cronológicamente las razones del rechazo y posterior aceptación y legitimación del culto a las imágenes, desde la teología carolingia, que advertía de los peligros, al nuevo camino personificado en Alberto Magno y Tomás de Aquino en la

que se justifica el mencionado culto. No se trata de un simple relato encadenado, sino que el autor no soslaya las indudables aristas y reticencias, y precisamente, cada argumentación es insertada en su trama con su consiguiente testimonio coetáneo.

El ambiguo límite entre la religión y la magia es el objeto de estudio de la segunda sección *Imagen y ritual*, donde García Avilés presta atención al proceso de dominio de una casta religiosa sobre otra que se consideraba oficial. Relata ese proceso de disolución de tradiciones, clandestinidad del culto y posterior marginación y persecución. Prolijos son los ejemplos traídos a colación (Egipto grecorromano y el reducto idólatra de Harrán) y acorde al enfoque metodológico planteado, explica la trama mediante las imágenes. Lo que otrora eran cultos monumentales pasan a ser imágenes portátiles en un proceso de desposesión de la espiritualidad, y finalmente, se constriñen a meros talismanes apotropaicos. Se examina una síntesis perfecta del proceso de miniaturización de la ritualidad. Cobra especial relevancia la extraordinaria confluencia y plasmación de ambos fenómenos tratados en estos dos primeros capítulos (imágenes sagradas y su capacidad milagrosa y los talismanes con su *virtus* mágica) en las *Cantigas de Alfonso X*, un tema ya abordado por el autor en 2007, que cierra el apartado y completa perfectamente el discurso.

Imágenes milagrosas es el nombre que se le presta al tercer bloque dedicado al caso particular de cómo en el siglo XIII cristaliza el fenómeno de legitimación de las imágenes como vehículos de comunicación con lo sagrado. De nuevo, las *Cantigas* toman su protagonismo, y García Avilés se esfuerza en su análisis para desplegar su mayúsculo papel como ilustradoras de la paulatina aceptación. Su análisis —de corte antropológico— analiza la experiencia social que subyace a la representación artística. Es decir, cómo a través de las producciones visuales se ponen de relieve dinámicas sociales, religiosas e incluso políticas. Precisamente, la instrumentalización política de las imágenes marianas en propio provecho de Alfonso X concluye el apartado de forma elocuente.

En las páginas que integran el cuarto capítulo *Falsas estatuas*, el historiador incurre, de nuevo, en los acaecimientos sucedidos en torno al siglo XIII, sin embargo, la cuestión revierte en tergiversaciones terminológicas a propósito de la acepción de *imago*. A su sentido tradicional de figura, escultura o ídolo, se le une en este momento la de talismán. Al respecto estudia —mediante los textos de Guillermo de Auvernia— cómo el arte talismánico adopta las características de las estatuas de culto. El texto alfonsí emerge nuevamente en la lectura, esta vez para detallar la

vivificación de los talismanes tal como se había realizado en la antigüedad con las ya mencionadas estatuas de culto.

El quinto y último apartado *Estatuas poseídas* está dedicado a ilustrar el ataque y purificación de los ídolos y demonios para defender las fronteras ideológicas de la cristiandad medieval. En efecto, se plantea si este proceso tuvo implicaciones para la teoría de la imagen cristiana y, ciertamente, la vasta cantidad de ejemplos sugeridos lo certifica. Cabe reseñar el elevado valor que le otorga a la *Historia de san Román. Retablo de Saint-Denis, París (ca. 1250-60)*. París, *Musée national du moyen âge* que usa para comparar con otras representaciones coetáneas, tratando de sugerir al lector su relevancia.

En lo que respecta a las cuestiones editoriales, la monografía se cierra con la recopilación de las notas al pie que, sospecho, se disponen al final en favor de un ritmo narrativo fluido y dinamizador de la lectura. Resultaba, cuanto menos, que iba a ser una labor intrincada y surcada de dificultades, máxime cuando un título con unas expectativas tan elevadas apenas supera las doscientas páginas de extensión. Nada más fuera de la realidad, García Avilés demuestra que emprender y resolver una tarea tan compleja no siempre demanda de un libro voluminoso. Se invita, pues, a la lectura pausada y entrelazada de cada una de sus líneas para ser conscientes del poder latente contenido en el imaginario medieval.

Javier Herrera-Vicente
Universidad de Salamanca